República de El Salvador — América Central — Año 2º

EL FÍGARO

SEMANAL DE LETRAS

Tomo I — San Salvador, Domingo 7 de Abril de 1895 — Num 25.

Redactores y Propietarios:
Arturo A. Ambrogi — *Victor Jerez*

Secretario de Redaccion:
Isaías Gamboa

Co-Redactor:
J. Antonio Solórzano

En espera

La Santa Semana toca á nuestras puertas. Llega esa semana triste, en que hasta el cielo se pone acongojado y se viste de gris, en señal de duelo. Llega ya aquel hermoso Cristo, de faz macilenta y ojos llenos de mansedumbre, coronado de espinas, salpicada de sangre la frente pálida y con la cruz al hombro, aquel Jesús que hemos visto desde muy niños y ante el cual nos hemos arrodillado fervorosos tantas veces á ofrecerle nuestras oraciones. El domingo de Ramos abre el broche de esa serie. Jesucristo entra á Jerusalén bajo lluvias de flores y de palmas.

¡Oh! Es la semana de los recuerdos..........

Está abierta, al despuntar el alba de la vernal mañana, el santuario de nuestra alma y tras la cancela blanca, arrodillada, reza la viejecita aquella, de que nos habló ya, deliciosa y cándidamente, Luis Urbina.........En el altar de mármol, llamean los pálidos cirios, agonizan las rosas en búcaros, y en las manos del cura, de regia capa pluvial, irradia la hostia inmaculada. Abren sus alas los recuerdos, como pájaros curiosos que se han colado por una ventana entreabierta, y revuelan entre la gloria del incienso, y se posan en las cornisas, temblorosos, llenos de miedo, ante la sonoridad majestuosa del órgano........Y esos, que son pájaros, que son rosas, que son incienso, son los recuerdos místicos, los que nos sumen en un éxtasis suave.

Luego......Afuera el ambiente cálido, el cielo azul, los naranjos tupidos de azahares nuevos, las golondrinas grises que rondan locamente, el grupo de palomas blancas posadas en las cornisas de la portada, la procesión de muchachas lindas que salen del templo, santiguándose, y cuyo desfile vemos desde el atrio; el regaño de la mamá; la escapatoria brusca para ir al Calvario, á ver cómo los *herejes* juegan al dado, mientras Cristo está en capilla, mientras nuestro Redentor está para morir por nosotros.....Y esos, son los recuerdos amables, los que ríen, los que despiertan en nuestra alma las alegrías dormidas.

Recordar es gozar. El viento mueve el follaje que desgrana una lluvia de rocío y alborota la nidada......... Recordar! Abramos el libro de nuestra vida y, página tras página, busquemos los trozos íntimos que allí hemos escrito, ya con lágrimas, ya con pluma que hemos empapado en una alegría rápida...........Para ellos, fabriquemos todos un santuario en nuestros pechos: guardémoslos con fervor. Y nada más delicioso, cuando la Musa Negra nos sonríe, y abre su ventana y nos hace señas, que sacar una á una todas esas flores secas y aspirar sus perfumes vagos, que se mueren, que se apagan.

Hay que recibirla con muestras de recogimiento. Hay que hacer vida mística. Vosotras, señoritas, recibidla con el alma limpia. Os he visto en el templo acercaros al confesionario, con el libro de oraciones en las manos. El sacerdote os ha dado su absolución, y esas puerilidades, esa intención no realizada, de dar un beso al novio que, por la tarde, á la hora en que el sol se pone, os dió mientras estabáis en la ventana, una flor, Dios os lo ha perdonado.

¡Ah! Le habéis acusado esos pecadillos con que Carnaval ha manchado el armiño intacto de vuestra alma? Os he visto en el baile de "la Piñata," riendo alegremente bajo la mascarilla de seda, del brazo de vuestro novio, un mozo arrogante del tiempo de Luis XIV, que os daba aire con un abanico y os decía al oído, cerca, muy cerca, frases apasionadas.

Entramos á la Cuaresma por las puertas del Carnaval. Llegamos al palacio de mármol rosado, y en el pórtico, sobre su trono de marfil, bajo un *plafond* opulento, os recibe con sonrisas Momo el rey, el Dios de la farsa. Y atravesamos los pasillos. Y entramos á los salones en que la alegría hace derroches, donde cascabelean las risas, y el amor, sagaz, tiende sus trampas y dispara, oculto tras las matas de flores, sus flechas de oro. Embriaguez divina. El vino del placer lo escancia el Dios desconocido en nuestros vasos: enardecen nuestro ánimo, hacen bullir nuestra sangre, esos himnos líricos, esas dianas ruidosas que se consagran al señor y amo del Carnaval. Le rendimos vasallaje; somos siervos suyos y cuando él, después de ausencia larga, suena su toque de llegada, le recibimos espléndidamente, como se recibe al más querido y amado de los reyes.

Después de todas esas locuras; justo es ponerse serio, justo es que vayáis al templo, señoritas, y hagáis vuestra confesión. Justo es que nosotros, que vivimos en el trabajo, que pasamos toda nuestra vida manchando cuartillas, pongamos coto á nuestra pesada tarea y nos consagremos por un breve espacio de tiempo, por unos ocho días, al descanso.

Durante la Santa Semana "El Fígaro" dormirá. Le despertarán las campanas que repicarán alegremente el Domingo de Resurrección.

Conde Paúl

Rima

Ha muerto un hombre, y quieren que yo vaya
Con él al Cementerio.
Cuando murió la fe—luz de mi alma—
Nadie asistió al entierro.

Dejan, los que abandonan esta tierra,
Su huella en el panteón,
Y en su tumba, hecha altar, manos amigas
Colocan una flor.

Yo he muerto hace ya tiempo: á mi sepulcro
Nadie viene á llorar.
Y es porque nadie sabe que mi tumba
Dentro mi pecho está.

Alberto Masferrer

El Ave-María de Gounod

Era una tarde triste y melancólica, tarde de aquellas que no se borran fácilmente de nuestra memoria, y que recordamos de vez en cuando, allá en las horas negras de abatimiento moral, cuando vemos marchitarse lentamente las flores de nuestras bellas ilusiones.

Yo amo y amaré siempre la música sagrada, porque ella ha sabido muchas veces aliviar un tanto mis pesares profundos; sus notas celestiales dan á mi espíritu enfermo un indefinible consuelo, un no sé qué de santo regocijo, y es porque vienen en tropel á mi memoria las azules mariposas de mi niñez sencilla.

Aquella tarde no la olvidaré jamás, porque jamás puede olvidarse lo que ha amado un alma en flor, lo que ha hecho palpitar un corazón, allá en su virginidad excelsa.

El maestro de capilla de la parroquia de mi pueblo natal, había comprendido bien el inmenso amor que yo poseía por la música, pues muchas veces me había visto reclinado en la pequeña verja del coro, con la mirada fija hacia él y mi semblante emocionado, escuchando aquel órgano de voces seráficas, de preludios sublimes, de notas solemnes de una cadencia arrobadora. Yo, al escuchar aquel órgano lloraba, lloraba sí, pues era niño adolescente ¿qué culpa tenía, pues, de que por mis mejillas rodaran aquellas perlas que nacían de mi corazón?

Hoy ya hombre no lloro ante cualquiera, y si lo hago es allá en mis horas de recogimiento y sólo ante mi Dios.

Aquel viejo maestro de capilla me había atraído hacia él, como al céfiro la flor, como á la luz el día. Yo le veía como un ser excepcional, como viajero de un mundo desconocido, como un hombre que había nacido solamente para arrancar á las teclas de aquel órgano tempestades de harmonías que llenaban las naves del templo y subían al cielo confundidos con el humo del incienso.

Un día, antes de aquella hermosa tarde, me había llamado el señor Elías, (así se llamaba el maestro) á su casita blanca del barrio de *Las higueras*, y me había dicho, poniéndome la diestra en la cabeza, que al siguiente día me esperaba, en la tarde, en el templo de *Santa Cecilia*, que tenía que oír una música nueva para mí.

Luego regresé á mi tranquilo hogar, donde me esperaban mi santa madre.

¡Ay! entonces no era yo huérfano!.......

No pude dormir aquella noche pensando en la tarde del día siguiente, en aquella cita para mí misteriosa. Iría á la iglesia, oiría mi órgano querido, que era como el intérprete de mis bellos ensueños, de mis religiosas expansiones.

Ah!, por fin va á llegar la hora; me praparo para salir, y, ya en la calle, voy en dirección de la cita, delirante, loco de alegría.

Hombres, mujeres y niños, con sus vestidos de fiesta, se dirigían á la iglesia, pues se celebraba una de esas funciones solemnísimas, que hacen época en los católicos anales. Era el 8 de diciembre, día de la Virgen, madre del Salvador.

Aquel templo era una maravilla: flores en profusión, blancos y ténues cortinajes, mucho oro, mucha luz, mucha santa poesía; mucho perfume y muchos ángeles y serafines. Y en medio de todo aquel bello conjunto aparecía la madre de los desgraciados y los huérfanos, con la paloma del Espíritu Santo entre las manos, y á los pies la plateada media luna y la serpiente tentadora. Mis ojos no han vuelto á ver jamás otro portento igual, y mi alma no ha vuelto á gozar como en aquella tarde encantadora.

Todo eso lo contemplaba extasiado desde el coro, donde me encontraba junto al señor Elías, que me miraba de hito en hito con bonachona sonrisa.

Sonó la campanilla, y comenzaron los rezos de costumbre. El sacerdote había subido á la sagrada cátedra y explicaba, con elocuentes frases, lo trascendental que era aquella celebración de la Virgen.

Después, dirigiéndose hacia el altar aquel humilde cura, pide á la madre de Dios protección y amparo para sus feligreses, y agitando la campanilla exclama, con voz llena y profunda: "*Ave-María.*"

Suena el órgano bajo los huezudos dedos del maestro, y se comienzan á oír notas heridas, quejumbrosas, que ya imitan el desbordamiento de las almas, ya los ayes desgarradores de corazones lacerados. Aquellos sonidos tiemblan, vuelan, aletéan. Parece aquello el canto solemne de la humanidad náufraga, el grito estridente de las hundidas generaciones, el canto elegiaco de los siglos, la voz augusta y portentosa de la religión de Cristo.

Yo escuchaba aquello, confundido, atónito; no pude más, y temblando, con las manos crispadas, con el corazón agolpándose al pecho, acerquéme al atril del órgano y pude leer lo que tocaba el señor Elías: era *El Ave-María de Gounod!*

FÉLIX M. RIVAS.

Blasón

El olímpico cisne de nieve
con el ágata rosa del pico
lustra el ala eucarística y breve
que abre al sol como un casto abanico.

En la forma de un brazo de lira
ó del asa de un ánfora griega,
es su cándido cuello que inspira
como prora ideal que navega.

Es el cisne de estirpe sagrada
cuyos besos por campos de seda
ascendió hasta la cima rosada
de las dulces colinas de Leda.

Blanco rey de la fuente Castalia,
su victoria ilumina el Danubio;
Vinci fue su barón en Italia;
Lohengrín es su príncipe rubio.

Su blancura es hermana del lino,
del botón de los blancos rosales
y del blando toisón diamantino
de los tiernos corderos pascuales.

Rimador de ideal florilegio,
es de armiño su lírico manto,
y es el mágico pájaro régio
que al morir rima el alma en un canto.

El alado aristócrata muestra
lises albos en campos de azúr,
y ha sentido en sus plumas la diestra
de la amable y gentil Pompadour.

Boga y boga en el lago sonoro
donde el sueño á los tristes espera,
donde aguarda una góndola de oro
á la novia de Luis de Baviera.

Dad, Condesa, á los cisnes cariño,
dioses son de un país halagüeño
y hechos son de perfume, de armiño,
de luz alba, de seda y de ensueño.

RUBÉN DARÍO.

Cristo

Los rosados tintes de la aurora anuncian al astro-rey. Sale el sol, y sus rayos doran las espigas de los campos y hacen brillar los matices de las flores; ahuyentan los fantasmas de la noche y llevan al hogar luz, calor y alegría; tiñen de azul el cielo y de púrpura las nubes; dibujan el arco-iris en el espacio; encienden la llama del amor en los ojos de las vírgenes y un fuego sagrado en sus mejillas; destruyen las impurezas de la tierra y las impurezas de la atmósfera; dan belleza, fuerza y vida á toda la creación.

Cristo es el Sol del mundo moral.

EUSEBIO BRACAMONTE.

Stuart Merrill

El poeta de los *Fastos* y de las *Gamas*, podria decir, lo mismo que el prosador de *Ebriedad verbal:* "Las palabras me han proporcionado goces tal vez más numerosos y más decisivos que las ideas, goces en ocasiones prosternantes, como los del Boër que, apacentando su rebaño, encontrara una esmeralda cuya sonrisa verde sobresaliese entre las piedras del camino; goces infantiles también cual los de una niña que juega con los diamantes de su madre y cual los de un loco que se embriaga al oir el sonido de los hirros encerrados en su caja; porque la idea es una imagen y la palabra es una palabra." También podría agregar: "Las voces que más me gustan son aquellas que tienen algo de luz, algo de niebla y algo de vida."

En efecto, Merrill ha heredado de sus abuelos los parnasianos, el amor fanático de las palabras sonoras y de las frases artísticas. Según él, las sílabas que forman una línea no son bellas por la idea que representan ó por la imagen que evocan, sino por la vibración individual que las letras de que se componen hacen brotar al enlazarse entre sí ó al chocar unas con otras. Así, sus estrofas son, como la enamorada del poeta clásico, hermosas y frías. En ellas casi no hay emoción, casi no hay alma, casi no hay pensamiento; pero en cambio, hay luz, color y harmonía. A veces parecen mosaicos cuyas figuras majestuosas representan imágenes vagas, y á veces tienen algo de esas tapicerías sobre las cuales los seres legendarios viven en silencio sus vidas hieráticas. Siempre son perfectas.

***

"En cascos de cristal de azur, las bailarinas, en cuyos pasos, medidos por las cuerdas de los kinores, suenan bajo los tejidos de tules cubiertos de oro, y lo llenan todo con sus ojos pálidos de *paladinas*. Cabelleras bien peinadas; labios encarnados; brazos llenos de brazaletes bárbaros;

en vuelos que tienden hacia la luz lunar de las decoraciones, ellas murmuran, en malévolos cuchicheos: "Nosotras somos ¡oh mortales! bailarinas del Deseo, Salomés, cuyos cuerpos, retorcidos por el placer, atraen vuestras horas de amor hacia nuestros perversos arcanos. Prosternaos y celebradnos estas noches, porque, surgiendo en auroras de incensarios, sobre nuestros símbolos haremos sonar vuestros cráneos."

Estos versos parecerían enteramente parnasianos, á no ser porque en ellos se nota un ligero soplo de inquietud misteriosa, que da á las formas conocidas cierto aspecto de novedad extraña. Y lo mismo que de éstos podría decirse de casi todos los demás versos de Merrill. Leed los *Hèroes*, la *Sombra*, el *Palacio Desierto*, la *Cabalgata* y el *Ídolo;* leedlos despacio, y reflexionad en seguida. La impresión que la forma producirá en vosotros, será exquisita y pasajera: los hemistiquios sonarán algún tiempo en vuestros oídos con ritmos deliciosos, y durante varios instantes vuestra retina conservará el recuerdo de los caballeros soberbios y de las ninfas encantadas que atraviesan las estrofas al compás de una marcha sonora.........Luego, cuando el eco se apague y las visiones se desvanezcan, ¿qué podréis guardar en memoria del poeta?.........Nada: ni una lágrima, ni una sonrisa, ni siquiera la sombra de un estremecimiento.

***

Las únicas ocasiones en que Merrill consigue producir sacudimientos en el alma del lector, es cuando, en vez de escribir los mirajes del ensueño propio, se consagra á dar forma rápida á los panoramas de otros poetas. Sus dos sonetos wagnerianos, *Parsifal* y la *Cabalgata de las walkirias*, son tan bellos por la esencia como por la forma. En ambos hay más que aliteraciones sabias y más que choques de rimas de oro; en ambos hay sensación de cosas que están más allá de las palabras, y de las cuales el verso sólo puede dar una idea lejana.

Hé aquí *Parsifal:*

"¡Gloria al loco Parsifal, guardián del Santo Grial y Rey de Montsalvá! tres veces gloria y victoria," y lentamente aleluya resuena por el oratorio en un sonoro velo hacia el trono ideal. De rodillas, en el suelo de mármol, Parsifal adora, en coraza de oro, héroe virgen de historia, el rubí que brilla (¡oh signo expiatorio!) en las pálidas paredes del Vaso de cristal. De la bóveda en donde duermen ecos de órganos y de salmos, una paloma, entre nimbos de altos reinos, cae, en su vuelo abierto, sobre el casco del Rey. ¡Sombra!.......Pero una vidriera refleja su púrpura en las estolas de los caballeros enternecidos por la emoción. Y ¡oh! entonces se oyen cítaras......."

¿No es verdad que estos catorce versos contienen toda el alma de Parsifal? Yo, al menos, creo ver en ellos la imagen mística é inefable del héroe que supo vivir intensamente no contemplando sino la mancha encarnada de la sangre de Cristo en el fondo de la Copa Santa.

***

Para concluir, diré que Merrill, como poeta, no está de acuerdo con Merrill como doctrinario, y que si el primero hace generalmente versos fríos y hermosos, el segundo no deja nunca de predicar la emoción y la fe. Su próximo libro, según él lo asegura, ha de ser menos decorativo y más apasionado que los dos primeros.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

Sueños de niño

(PARA EL ÁLBUM DE UNA RUVIA)

Cuando yo era muy niño soñaba
con seres muy bellos,
De rosadas mejillas y de ojos
color de los cielos.
Eran ángeles rubios! Venían
á darme sus besos,
Y á decirme al oído palabras
que ya no recuerdo.
¡Qué tristeza sentía al mirarlos,
en rápido vuelo,
Alejarse de mí....Y sollozando
despertaba luego.
Y entonces mi madre corría,
loca de contento,
Y mis lágrimas puras borraba
con cándidos besos,
Enseñándome, luego, á dar gracias
al Dios de los cielos,
"Porque Él—me decía—nos manda
la luz y el sustento."

***

¡Ah! mis sueños, mis sueños de niño,
para siempre huyeron!
Ya los ángeles rubios no vienen
á darme sus besos,
Ni á decirme, ya nunca, al oído
tan dulces secretos!
Solamente, oh rubia, si miro
tus ojos de cielo
Y tus labios de rosa, por leve
sonrisa entreabiertos,
Es tan grande el placer que me inunda
que en tales momentos
He llegado á pensar muchas veces
que niño me he vuelto!

J. ANTONIO SOLÓRZANO.

Procura no despertarme
cuando me veas dormir,
no sea que esté soñando
y sueñe que soy feliz.

M. DE PALAU.

La Walpurgis

A los hermanos Uhrbach

Era un sábado. Los estudiantes, como las brujas, celebramos los sábados con un festín en la taberna HOP-FROG. Creéis que libamos vino dulce como los presbíteros, que discutimos á Platón y á Aristóteles como los estudiantes cogullas del siglo XV ó que hablamos del arte griego como los discípulos de Vinci, Ruysdael y Rembrandt? Bah! Os engañáis; bebemos plenos vasos de cerveza y de ajenjo, hablamos de las bellezas íntimas de nuestras novias y nuestras queridas y hacemos versos á gritos; y cuando de la mezcla del ajenjo y la cerveza, en nuestros vientres, suben al cerebro los humos fermentados de una embriaguez diabólica, nos tiramos las botellas á la cabeza y escandalizamos el barrio con el estruendo de nuestras blasfemias y carcajadas, de nuestros cantos obscenos elaborados frente al busto de Allan Poe. A más de una hermosa, adolescente y casta, hacemos estremecer en su lecho, en las altas horas de la noche, con nuestras canciones voluptuosas. Nosotros somos los que hacemos las Margaritas y las Julietas, las Mignones y las Doroteas, los que hacemos florecer todos los amores bajo este cielo gris de nuestra Colonia gótica.......

Era un sábado. Habíamos ya bebido muchos vasos. Goetz cantaba una imitación de la "Copa de rey de Theule." Henry narraba una aventura macábrica. Mi hermano Franz, sentado junto á mí hablaba de amores á la hija del tabernero, una moza que tenía dorados los cabellos como si los hubiera sumerjido en mi vaso de cerveza. Mis demás compañeros, unos cantaban, otros hacían versos, jugaban al cacaneto montados sobre las bancas, enamoraban, á las criadas, decían chistes al tabernero, en fin, cada uno hacía cosa distinta á lo que hacía el otro. Sólo estábamos acordes en hacerlo todo á gritos y en beber sin cesar. Los transeuntes trasnochados se detenían á la puerta de HOP FROG y nos miraban sorientes y curiosos los mendigos y los pilluelos, adustos é irritados los burgueses de vida arreglada, y luego continuaban su camino con las manos metidas en los bolsillos.

La noche estaba negra. Sobre un tejado vecino, en un acumulamiento de nubes pardas, había sin embargo una gran mancha luminosa, como si un gigante de fuego hubiera lanzado al cielo un chispazo de luz verdosa. Iba á aparecer la luna. En efecto, á las once salió larga y arqueada. Estaba pálida y fría, como una agonizante y tenía el brillo mate y siniestro del hueso seco; Franz se estremeció, y la moza á quien acariciaba le dijo:—Franz mío, ¿te aterra la luna de la Walpurgis? Hoy es 30 de mayo y hay parranda de magos y brujas—Franz la besó y fingiendo incredulidad respondió:—No, hermosa, no temo. La Walpurgis sólo existe en las leyendas de los trovadores antiguos del Rhin.—Te en-
gañas—repuso la joven—yo he visto una noche
detrás de los calados de la catédral el cortejo fan-
tástico que acudía á la diabólica ceremonia. Iban
en brillante cabalgata los caballeros Nibelun-
gos....—y continuó en actitud soñadora viendo
en su imaginación el séquito de fantasmas que
pueblan las tradiciones y leyendas del Rhin.

—La Walpurgis! Pues quisiera verla! ¡Buena paparrucha!—dije yo para infundir valor en Franz, que es muy supersticioso.

Los estudiantes seguían cantando y bebiendo. De pronto Henry se levantó, copa en mano, y propuso que brindáramos todos á la Luna, por su restablecimiento, por que se redondeara su faz de ético.

—¡Apagad las linternas!—gritó Goetz.

La habitación quedó alumbrada únicamente por el astro; todos á pesar de los colores que la embriaguez pintara en los rostros, estaban amarillentos como cadáveres. La luminosa caricia de la Luna era fría y espeluznante como la caricia sudosa de un moribundo. Henry se adelantó con el vaso lleno de ajenjo y brindó:—Brindo por que en tus pálidas mejillas ¡oh fría diosa! vuelva la vida á reanimar los colores;—por que alegres el cielo y opaques las estrellas con los fulgores de tu luz azul, y por que en lugar de las tocas de viuda con que te ciñen las pardas nubes, vistas el manto de claridad con que te adornas en las voluptuosas noches de Verano.—Uno tras otro fueron brindado todos. Sólo mi hermano y yo no brindamos. No, esa luna era una ramera que iba á prostituir sus rayos en la satánica ceremonía de la Walpurgis. Los caballeros del Grial no hubieran brindado.... De pronto Franz se puso más pálido que un muerto y apretó el brazo.

—¡ Mira!, —me dijo—¿ has oído?

Sobre el tejado de enfrente, un gato erizado nos miraba con encandilados ojos y se puso á maullar. Su cabeza quedaba precisamente sobre la comba de la Luna. Nuestros compañeros soltaron la carcajada. Ya tienes argumento Goetz—dijo uno—para unos versos titulados EL GATO DE LOS CUERNOS DE LUZ....

—Has oído?—insistió Franz—el gato nos ha llamado!

—Mira, bebe otro vaso y salgamos—le dije.

Franz temblaba de miedo, pero me obedeció. Los compañeros quisieron detenernos, nos disculpamos y salimos embozados en las capas. El animal nos seguía por los tejados y arrastraba como adherida á la cabeza el arco lunar. Los dientes de Franz castañeteaban. Acabamos la calle; Franz tenía la esperanza de que el gato no pudiera saltar de una calle á otra, y en efecto no saltó, pero al entrar en la calle siguiente, ví á Franz con los cabellos erizados y que tenía en los ojos una mirada de loco. El gato estaba allí espeluznado maullando palabras, sí, palabras que perfectamente comprendimos mi hermano y yo:—¡ Seguidme á la Walpurgis!

Sentí como una corriente de hielo en mis nervios.

—Vamos—dije á Franz, dominando mi terror.

—Sólo muerto me llevarían—contestó apretándose á mì.

—Ah! pues yo voy. Te dejaré en casa con madre y regresaré.

Así lo hice, dejé á mi hermano acostado y salí. Extrañé no encontrar á mi madre ni á mi hermana Leuben.

El gato me esperaba.—Guía—le dije.—Entonces el animal me alargó su cola, que descendió desde el tejado hasta mí. Me agarré á ella y cruzamos los aires. El gato maullaba alegremente y mi capa ondeaba y golpeaba azotada por todos los vientos. Las agujas de las torres, los observatorios, los altos edificios, todo lo dejábamos debajo de nosotros negro y silencioso. Esos espesos nubarrones que veíamos desde la taberna, eran ejércitos de asistentes á la Walpurgis. En nutrido grupo iban las brujas montadas en escobas, desnudas y los senos secos y laxos, brillaban extrañamente á la luz verdosa de la Luna y se agitaban en los movimientos desordenados del vuelo. Repugnantes arrugas untadas de una grasa misteriosa las surcaban en todo el cuerpo. ¡ Ah cuántas comadres muy conocidas en Colonia vi ! Risas cascadas salían de sus mandíbulas sin dientes al verme colgado del gato. Mozas bellísimas iban también caballeras en escobas y animales de un hibridismo monstruoso: culebras con cabezas de bueyes— perros con rabos de lagarto y cabeza de grillo-cucarachas enormes con patas de cabra—arañas gigantescas y aladas. Las mozas lúbricas y chillonas iban á la fiesta satánica, desnudas también y ebrias; y entonando canciones más obcenas aún que las que cantábamos al salir de la taberna, se abrazaban delirantes de voluptuosidad á sátiros ó á hombres *con cabezas de asnos.* Había uno entre estos que era igual, como una gota de agua á otra—á nuestro Profesor de Metafísica en Gothinga. Sentía á veces como una bofetada de viento: era alguna bandada de mariposas negras, grandes como buitres que pasaba, ó alguna turba de cuervos y murciélagos que revoloteaban y me rozaban en la frente con sus alas frías y aterciopeladas. Cada uno de los nubarrones era un gremio que iba á la Walpurgis. Por un lado iba Lascaro con su cohorte de caballeros germanos á la cacería del oso Atta-Troll, quien con un venablo clavado en el pecho llamaba á la negra Mumma.....; Uraka, la bruja maligna se reía......!Más allá Wottan y sus hijas las Walkirias rodeados de grifos y dragones galopaban haciendo brillar las corazas y los plateados yelmos....;Barbazul, el ogro francés que ultrajaba doncellitas y comía carne humana, iba también, solitario, y pensativo. ¡ A cuánta gente vi !

Al fin apareció la montaña Brocken. Allí estaba el Diablo—había un ruído ensordecedor de danzas en torno á fuegos fátuos enormes, de hervores en anchas calderas en que bullían cuerpecillos de infantes. Luego un festín horrible en que se comía carroña y se bebía sangre; los esqueletos hacían de lacayos y escanciaban en jarrones robados á las tumbas...... Las mujeres, los monstruos, las viejas y los viéjos, todos mezclados, se retorcían como borrachos epilépticos en las ansias de placeres bestiales. El gato negro me cogió de la mano y me llevó donde Satán; y con voz que me heló, porque la reconocí, le dijo respetuosamente:

—Presento á Vuestra Infernal Majestad á mi sobrino mayor, Silker; mi otro hijo, Franz es un cobarde, y á mi hija Leuben ya la conoce Vuestra Majestad: es aquella joven que charla con el doctor Fausto.

Busqué con la vista á mi hermana Leuben y la ví en los brazos del viejo. Me volví.......el gato se había transformado y era....era mi madre. No sé qué pasaría después....

Al día siguiente 1º de abril amanecí debajo de la cama. Oí los pasos de mi madre que trajinaba en la vecina habitación y la llamé:—¡Madre! madre!—Entró pálida y ojerosa como si hubiera llorado.

—Madre ¿he soñado ó sois una vieja bruja y mi hermana Leuben una mujer perdida?—¿no estuvisteis anoche en la Walpurgis?—Mi madre me contestó con la voz gemebunda é irritada.—Eres un infame, Silker; anoche te ha traído cargado tu hermano Franz, que estaba menos borracho que tú, y toda la noche has estado gritando; ni tu hermana ni yo hemos podido dormir.—Y salió dejándome como quien ve visiones. Llamé á Leuben.—¿ Cómo has dejado á tu *amigo* el doctor Fausto ?—la pregunté con sorna.—Le dejarías en la taberna, borracho escandaloso—me dijo y se fué calzándose los guantes para ir á misa. Desperté á Franz que roncaba estruendosamente.

—Oye—le dije—¿recuerdas el gato de los cuernos de luz?

—Pero, hombre, todavía te dura la embriaguez? Estás hablando disparates.

Salté de la cama irritado:

—El borracho eres tú, cobarde, que anoche temblabas como un azogado y tuve que traerte á tu cama como á una doncellita asustada!

—Ja! ja! Hombre de Dios; si yo soy quien te ha traído en brazos á las tres de la mañana. Te encontré bajo una banca en la taberna Hop Frog.

—No, es claro que no.....

—Pues sí, sí he estado—le interrumpí y le dejé mirándome azorado. Me vestí, prendí la pipa y me asomé á la ventana. Daban las ocho. San Gereon y Santa María del Capitolio llamaban á misa y los burgueses vestidos con sus ropas domingueras acudían al santo oficio.

Clemente Palma

Luz Alegría

En nuestro próximo número publicaremos un medallón de esta simpática lectora del *Fígaro*, escrito por Enrique Gómez Carrillo.

Réve

Era un abismo inmenso, obscuro y frío,
Semejante á la puerta del Averno,
Donde sólo habitaban, ateridos,
Condenados espectros.

Yo me acerqué; ví el antro horripilante
A donde me empujaba mi destino;
Parecíame estar ante la nave
De algún templo maldito.

Retrocedí; pero alguien me detuvo;
Me sentí como preso en una tumba;
En mi redor sólo veía luto
Y en mi alma sólo brumas.

Por fin, del fondo del abismo, hueca,
Salió una voz, y extremecióse mi alma:
"¿ Qué pretendes,-me dijo-acaso intentas
Sondear el corazón de tu adorada ?"

Luis Lagos y Lagos.

Velada fúnebre

El 15 de marzo recién pasado, se verificó en la Cámara de Diputados de Méjico, la velada que en honor del difunto Manuel Gutiérrez Nájera, organizó la "Prensa Asociada."

El adorno del salón fue encargado al conocido artista Jesús Contreras.

Hablaron, en prosa, el doctor Rafael Angel de la Peña, el señor doctor Manuel Flores y Jesús Urueta. En verso lo hicieron, Guillermo Prieto, el Padre Pegaza y Amado Nervo.

Champagne

Toca á su fin la cena. En lontananza
Se oyen del vals los voluptuosos ecos;
En torno nuestro regocijo y risa,
Flores, mujeres, broma y galanteo.
Vienen botellas, saltan los tapones,
Y se desborda el vino prisionero
En chispeantes y espumosas olas
Que á la par vivifican alma y cuerpo....
Copa en mano, una alegre damisela
De linda cara y ademanes sueltos,
Unas coplillas de Offembach entona
Y empiezan la algazara y el estruendo.
A la lejos el vals, entre nosotros
Flores, mujeres, risa y galateo;
Suave licor las copas desparraman,
Placer los ojos y los labios bes s....

Mariano de Cavia.

Notas rápidas

"Los Evangelistas"

Está en circulación ya el nuevopo ema místico de nuestro celebrado poeta Juan José Bernal. El ha desarrollado, en un rosario de hermosos versos, en una suseción de sonoras estrofas, un vasto conjunto: "*Los Evangelistas.*" Desfilan aquellas cabezas nimbadas, aquellos hombres mansos é implacables que sueltan las alas á las águilas poderosas de su elocuencia desvastadora.

Los que leímos con tanto placer y tanto entusiasmo los "*Recuerdos de Tierra Santa,*" sentimos satisfacción al tener en nuestras manos una obra nueva del glorioso veterano de la lírica.

El poema esta dividido en cuatro partes y un prohemio. La primera parte comprende: "San Mateo, simbolizado por el hombre": La segunda, "San Marcos, simbolizado por el león": la tercera, "San Lucas, simbolizado por el becerro," y la cuarta, "San Juan, simbolizado por el águila". Además, digno de mencionarse es la extensa y bien escrita "Introducción" con que ha ocupado las treinta y cinco primeras páginas el conocido escritor religioso, Canónigo doctor José Antonio Aguilar. La obra está dedicada al Ilustrísimo doctor Manuel Francisco Vélez, dignísimo Obispo de Comayagua.

Respecto á la parte material, basta decir que la edición ha salido de los afamados talleres de "La Luz". Una edición hermosa; tipo claro y elegante; papel fino. Consta de ciento ochenta y dos páginas y se encuentra ya, á la venta, en casa de don Federico Prado y en la Tipografía "La Luz".

Damos al Presbítero doctor Bernal nuestros agradecimientos por el obsequio de un ejemplar que nos ha hecho.

Se susurra que prepara el Padre Bernal una colección completa de sus ya numerosas poesías, y ojalá esto resulte cierto; ojalá algún día podamos desflorar las páginas húmedas y nuevas de ese libro que tanto ansiamos, para honor de nuestra tierra.

Arturo A. Ambrogi.

Juana Borrero

La aristocrática ilustración habanera "Gris y Azul", de que es redactor literario nuestro querido amigo, el distinguido escritor F. García Cisneros, ha coleccionado ó impreso, para su Biblioteca, en primoroso librito, algunos de los versos, lindos y prometedores, de la poetisa cuyo nombre va al frente de estas líneas.

Damos las gracias por el obsequio de un ejemplar que se nos ha hecho y para que estas líneas, pobres y desteñidas, vayan bien acompañadas, reproducimos una de las joyas que guarda el primoroso librito de la simpática poetisa.

Páginas

Por fin llegó el temido invierno....

Su porta estandarte el Otoño nos había anunciado su próxima llegada, allá, muy lejos; en las campiñas que semejan una inmensa esmeralda.

¿Recuerdas? Cómo caían á nuestro alrededor las hojas amarillentas y arrugadas! Sentado en las raíces de aquel corpulento roble silencioso contemplábamos el cielo gris lleno de tristeza, mirábamos las anchas avenidas cubiertas de hojas que agitaba en cascabeleras oleadas un viento frío, constante.

Los árboles despojados de su verdor semejaban grandes esqueletos agitando sus descarnadas osamentas....La niebla gris era su sudario.

Tú temblabas á cada ruido que llegaba hasta nosotros como el eco lejano de un gemido. Cada chasquido de ramos que se desgajaban agitaba tu lido cuerpecillo y hacía que enlazaras mi cuello con tus ebúrneos brazos....Me mirabas, y una plácida sonrisa se dibujaba en tus labios, y á tus ojos los contemplaba llorosos....El iris dibujándose en el rocío del cielo!

Y yo gozaba con aquella tristeza del campo y aquellos tus miedos de chiquilla......

Hoy ya no tenemos campo, ya no hay árboles que desparramen sobre nosotros, como un ensueño del Otoño, sus amarillas hojas, ya no hay sonrisas que se esfumen entre el vapor de dos lágrimas......

Solo hay afuera: la gran ciudad que tirita, inmensa hilera de casas que dormitan inmóviles bajo un cielo de nieve, árboles que en los más bellos días de primavera, en vano pugnan por igualar en esbeltez y lozanía á sus hermanos de los campos, y un cielo todo blanco, en donde empujan con furia á la helada las rachas de viento.

Y adentro: un dorado gabinetito, todo forrado de seda-rosa, tu color favorito, un tibio ambiente que incita á la pereza y dos seres, dos almas en la que aletea el fastidio.

¿De qué hablamos?....Ah! del último baile, del próximo viaje á Italia, del estreno de una ópera .. Nada de aquellos ensueños dorados de nuestras almas de campesinos....Conversaciones mundanas, frívolas, llenas de adorable vaciedad y salpicadas con esa crítica que vosotras las mujeres manejáis tan bien; sobre todo en contra de vuestras amigas....

Después, la conversación fue decayendo, hablamos casi con rabia, nuestros labios apenas si modulaban las frases. Poco á poco el sopor se fue enseñoreando de nosotros. Tú sostenías tu ovalado rostro en tu mano hecha de carne de almendra y mirabas á la calle á través de los cristales empañados....¡Cuántas memorias, oscuras, borrosas como esos cristales pasaron por tu mente? Lo cierto es que dos lágrimas rodaron en tus mejillas....¡Ay! esas no eran las que te arrancó el miedo!: era llanto del tedio....Pobrecilla!

No sé qué impresión extraña me produjeron aquellas dos perlas brillantes sobre el razo de tu cara....Me dí á soñar despierto y mi imaginación con extraña fijesa se detenía en aquella tarde de otoño......

Por qué se irán tan pronto los sueños del alma? Por qué á las esperanzas del amor suceden los bostezos del hastío?

¡Oh! primavera! Vuelve pronto. Tú que eres el alma de la tierra, llegarás á las almas de estos pobres amantes á calentar con tu sol las aves de su amor!

Felipe Valderrama.

Aspiración

Tú eres el sol; yo el águila altanera
Que tiende el vuelo á la celeste esfera
Esperando en su orgullo ir hasta el sol:
El astro la seduce con su lumbre
Y el ave se alza, aunque en la etérea cumbre
Halle el vacío y caiga sin vigor.

Mas en alzarse, al menos no hay reproche;
Querer ser día cuando se es la noche,
Es grande aspiración, noble inquietud;
Y ansiar ser tuyo por llamarte mía,
Es, siendo noche, ambicionar ser día,
Es, siendo sombra, ambicionar ser luz!

Isaías Gamboa.

Las hijas de Pan

Envueltas entre espumas diamantinas
Que salpican sus cuerpos sonrosados
Por los rayos del sol iluminados,
Surgen del mar en grupos las ondinas.

Cubriendo sus espaldas peregrinas
Descienden los cabellos destrenzados,
Y al rumor de las olas van mezclados
Los ecos de sus risas argentinas.

Así viven contentas y dichosas
Entre el cielo y el mar, regocijadas,
Ignorando tal vez que son hermosas,

Y que las olas, entre sí rivales,
Se entrechocan de espumas coronadas
Por estrechar sus formas virginales.

Juana Borrero.

Habana—1891.

Imprenta Nacional